



Una vendedora de periódicos. Algunas jóvenes de familias modestas recurren a este oficio para pagarse los gastos de su educación universitaria.

«Rodo Jujinkovai», primera sociedad formada allí para defender los derechos de la mujer. En estos últimos doce años, el progreso realizado es casi milagroso, teniendo en cuenta que el Imperio Nipón es país de muy arriesgadas tradiciones. La «mousmée» frágil y romántica de Loti ha invadido valientemente todas las esferas de que antes estaban tan alejadas, y lucha en los campos deportivos con igual ahinco que en el áspero combate por la vida. En este último aspecto, no sólo han ido escalando las japonesitas todas las profesiones y oficios a que tuvieron acceso sus hermanas occidentales, si no que las vemos hoy realizando trabajos que en Europa no suelen encomendarse a las mujeres. Tales son, por ejemplo, las mujeres barberas (bien preferibles a sus colegas masculinos, por todos conceptos) y conductoras de tranvía o autobús.

Artistas y poetisas, las ha habido siempre en el Japón, aunque en reducido número. Pero hoy tenemos además mujeres que ejercen la medicina y la abogacía o están a la cabeza de empresas comerciales de cierta importancia. Sada Yacco, la actriz japonesa que hizo furor en París hace cincuenta años, era entonces una excepción casi única, pues en el teatro nacional eran siempre hombres los que desempeñaban los papeles femeninos; otra excepción lírica ha sido la diminuta señorita Mihura, que ha cantado «Madame Butterfly» en los mejores escenarios del mundo. Pero, en general, las japonesas sólo tomaban parte en ciertos espectáculos coreográficos, y únicamente cantaban las sentimentales canciones del país en privado, acompañadas del típico «samitsen». Hoy, sin embargo, los teatros y salas de «dancing» cuentan con ilimitado personal de cantantes, actrices, coristas, bailarinas, tanguistas, etc., etc. Y no hablemos del ejército de camareras de café, auxiliares de oficina y de tienda, y empleadas de todas clases.

Es sorprendente ver, por ejemplo, con qué habilidad y gracia bailan las «taxi-girls» niponas el más complicado paso de tango o de «jazz», a pesar de que parece que las «ghetas» de madera, sujetas apenas por un cordoncito entre dos dedos del pie, habrían de hacerles imposibles tales combinaciones. Pero ni

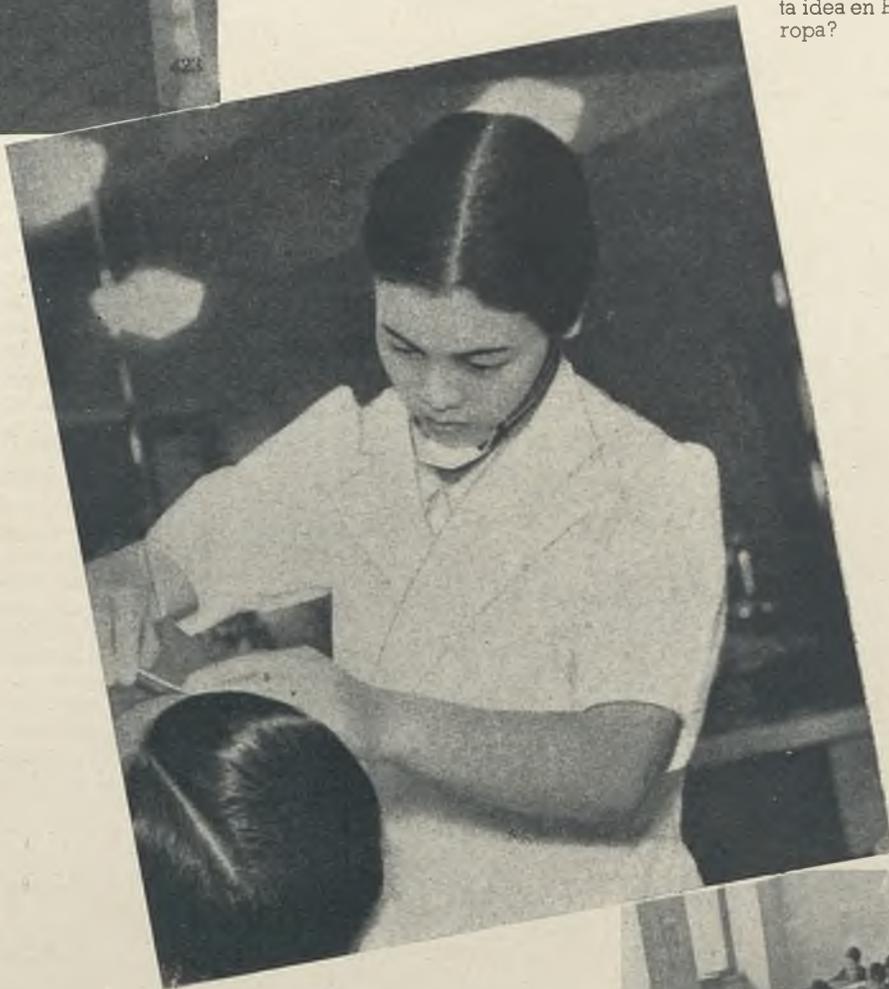
el ceñido kimono, ni el voluminoso lazo del «obi», parecen molestar tampoco a las muchas que ejercen su cosmopolita profesión conservando la bella indumentaria nacional.

Signo de los tiempos, es la adopción del beso. Hasta ya bien entrado nuestro siglo, el beso era desconocido entre los japoneses. Pero vino el «cine», se modernizó todo, incluso el amor y el «flirt» y sus derivados, y hoy... ¡Había cafés en Tokio en donde las lindas camareritas besaban al cliente al recibir su propina!

Y no me negarán ustedes que este es un progreso y una mejora sobre el gesto de nuestros camareros, que ya no dan ni las gracias al parroquiano.

FEDERICO DE MADRID.

Una gentil barbera. (Lo mismo que sus colegas masculinos, esta joven lleva una pantallita de celuloide junto a la boca, para que su aliento no pueda molestar al cliente. ¿No merecería ser adoptada esta idea en Europa?)



En las oficinas modernas, las señoritas tienen que adoptar muchas costumbres europeas, como la de permanecer sentadas en sillas, cuando en la casa todos se sientan sobre las esterillas típicas del país.

